

INTRODUCCIÓN

Rosana Garciandía*

Como consecuencia de la devastación generada por las dos guerras mundiales que la humanidad ha presenciado, la comunidad internacional consensuó que era necesario trabajar para que ese drama no se volviera a vivir. Y la principal herramienta para tratar de lograrlo ha sido el entramado institucional y normativo que aglutina a la práctica totalidad de los países del mundo: Naciones Unidas. El desarrollo de unas instituciones internacionales con vocación universal, algunas de las cuales se dedican a elaborar normas, o reglas de convivencia pacífica, mientras otras contribuyen con sus acciones directamente en situaciones de crisis, ha hecho que el mundo esté hoy mejor que hace seis o siete décadas.

Sin embargo, aún nos encontramos con muchos países en situación de grave crisis, por diversos motivos. Algunas sociedades están aquejadas de conflictos violentos que se han enquistado en el tiempo y no parecen albergar soluciones para un futuro próximo. Otras, en cambio, se ven perjudicadas por desequilibrios socio-económicos que resquebrajan el tejido social. En algunas de ellas, incluso se combinan varios de esos factores, dejando a los ciudadanos de esos países desahuciados, con su última esperanza puesta en la cooperación internacional.

La revolución tecnológica nos permite ahora conocer en tiempo real y casi de primera mano lo que ocurre en cualquier parte del planeta, sobre todo a través de los testimonios de los profesionales del perio-

* Profesora de Derecho Internacional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia.





dismo y de las ONG. Todos recordamos, por ejemplo, la inmediatez con la que se trasladó en los medios de comunicación lo ocurrido en Haití tras el terremoto de 2010, o en Fukushima, tras la reciente crisis nuclear. También los ministerios de asuntos exteriores y algunas agencias de Naciones Unidas emiten informaciones, que no siempre coinciden con la realidad que la prensa nos traslada. Y precisamente porque la información es poder, es nuestro deber preguntarnos los motivos por los que, después de décadas de cooperación institucionalizada, todavía hay situaciones tan graves en nuestro mundo.

Esas situaciones dramáticas se localizan regionalmente en países de Centroamérica, el sudeste asiático y, sobre todo, de África. El que un día se denominó continente olvidado lucha permanentemente por quitarse esa etiqueta. Se están produciendo grandes avances en los países africanos, como demuestran algunas iniciativas en materia de educación, inversiones, intercambio cultural y formación de expertos. No obstante, desgraciadamente algunos países de la región todavía responden más al patrón que occidente ha venido teniendo de África en los últimos años: un continente dependiente y olvidado.

Un caso paradigmático de esto es Somalia. Sus condicionamientos históricos y sociológicos han perpetrado una situación de conflicto en sus territorios, que se prolonga ya durante más de dos décadas. Y esta realidad impide el desarrollo normal de la vida pública y privada de los ciudadanos. Las instituciones llevan años sin funcionar correctamente, hay muchas dificultades para la administración de justicia, es prácticamente imposible emprender un negocio, y las condiciones de vida básicas no se pueden garantizar en la mayoría de los casos. Se puede decir que se trata de uno de los países con una situación más problemática de toda la región africana.

Además, esta realidad complicada y violenta se ha percibido, desde hace unos años, como una posible amenaza para los intereses de los

SOMALIA:
FRAGILIDAD Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

6

Rosana Garcíandía (ed.)





países vecinos, así como para la comunidad internacional en su conjunto. Los flujos migratorios que genera el conflicto armado tienen que ser gestionados por los países receptores. Además, la inestabilidad en la zona ha afectado a la seguridad marítima, especialmente a los pesqueros que faenan en esa zona. Y la fragilidad del Estado de Derecho ha propiciado la sospecha de que ciertas células terroristas pudieran campar a sus anchas en este país. Algunos de esos miedos se están disipando con el tiempo. Pero sin duda marcan el rumbo de las acciones internacionales en el país.

Somalia está, por tanto, en el punto de mira internacional, tanto por razones humanitarias y de cooperación internacional entre Estados, como por el riesgo que su coyuntura podría suponer para la comunidad internacional. Se trata de un Estado que, dadas las circunstancias descritas, se ha etiquetado en muchos foros como el Estado más frágil, un Estado fallido, colapsado, herido de muerte. Esta denominación, muy utilizada en los últimos años, tiene implicaciones relevantes en cuanto a las acciones que se llevan a cabo en el país y en cuanto al modo en que se afronta la crisis que en él se vive.

Existe una dicotomía entre la grave realidad somalí y los esfuerzos regionales e internacionales por solventarla, sin éxito. Ante ella, es nuestro deber preguntarnos con rigor, seriedad y capacidad de autocrítica los motivos por los que, después de décadas de cooperación institucionalizada, todavía hay en nuestro mundo situaciones tan graves como la de Somalia. ¿Es posible que la intervención de la comunidad internacional haya sido escasa, desacertada, excesiva, o demasiado impositiva? ¿Acaso han podido llevarse a cabo acciones sin tener en cuenta las necesidades somalíes como principal criterio? ¿Quizá la solución no pueda proceder de agentes externos sino del propio país? La categorización de Somalia como Estado frágil o fallido, ¿puede haber tenido consecuencias negativas sobre su presente?

En este libro se recogen las reflexiones de los cuatro investigadores que participaron como ponentes en las IX Jornadas de Cooperación



SOMALIA:
FRAGILIDAD Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Rosana Garcíandía (ed.)

Universitaria al Desarrollo en la Universidad de Murcia, tituladas “Somalia: fragilidad y perspectivas de futuro” y celebradas los días 1 y 2 de marzo de 2012. Cuenta además con la contribución de Mohamed Abdillahi Bahdon, investigador yibutiense que asistió a las jornadas enriqueciendo notablemente el debate. Estas jornadas, que tuve el honor de coordinar junto al profesor Eugenio Sánchez Alcázar, estuvieron organizadas por la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Murcia y fueron posibles gracias al patrocinio y el apoyo de la Universidad de Murcia, el Máster Universitario en Desarrollo Económico y Cooperación, y el Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra. Aprovecho estas líneas para reiterar mi agradecimiento a quienes hicieron posible la creación de este espacio para la discusión, el debate y la reflexión de un tema de gran complejidad, desde perspectivas distintas que deben necesariamente complementarse para lograr una imagen real del problema somalí y de las posibles soluciones que se puedan aportar. Asimismo, agradezco al Instituto Empresa y Humanismo que acogiera con interés el reto de esta publicación. En particular, a Rafael Alvira, que ha tenido la amabilidad de prologarlo, a Agustín González Enciso, que ha apoyado la iniciativa desde el principio, y al Servicio de Publicaciones del Instituto, que con tanta paciencia ha revisado las pruebas para que el resultado final sea el que aquí se presenta.

Al analizar el panorama actual somalí nos encontramos con flujos migratorios forzados, una situación de conflicto violento continuo, enfrentamientos entre clanes, y la inevitable ruptura del tejido social e institucional que de esto deriva. Además, Somalia ha pasado muchos años ausente de las organizaciones internacionales. A pesar de que éstas lo siguieran considerando como Estado miembro, la falta de instituciones nacionales dificultaba su representación en la arena internacional, siendo cada vez más difícil que los somalíes defendieran sus

SOMALIA:
FRAGILIDAD Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

8

Rosana Garcíandía (ed.)





intereses en el exterior. No obstante, esas organizaciones internacionales sí se han hecho presentes en el conflicto somalí para intentar aportar soluciones, aunque con poco éxito. Naciones Unidas y la Unión Africana han estado presentes en estos veinte años, pero con un grado de implicación distinto en cada momento. Han sido algunos Estados, de forma bilateral, los que más se han implicado. Las intervenciones de Naciones Unidas se han criticado en ocasiones, por su escasa presencia en el terreno así como por el poco acierto de algunas de sus acciones. Debe tenerse en cuenta, al mismo tiempo, que la complejidad del contexto reduce las posibilidades reales de éxito de cualquier intervención.

Para tratar de comprender algunos de los elementos clave de este contexto, en primer lugar, Mohamed Abdillahi Bahdon, investigador yibutiense, y Dolores López, profesora del Departamento de Geografía de la Universidad de Navarra, revisan la historia. Mohamed Abdillahi Bahdon nos ofrece una cronología política de Somalia, desde 1960 hasta la actualidad, prestando especial atención a los intentos pacificadores liderados por los países vecinos. Por su parte, Dolores López vuelve la mirada al pasado para arrojar luz sobre los movimientos migratorios protagonizados por los somalíes y sobre la idiosincrasia de esos hombres y mujeres, que viene marcada por una historia reciente y por sus raíces más remotas. En tercer lugar, Mansueto Nsí Owono-Okomo, investigador ecuatoriano y director del Centro de Estudios para la Unión Africana de la Región de Murcia, ofrece un análisis sobre la cooperación internacional en Somalia, que divide en cooperación bilateral, multilateral y humanitaria.

El uso del término Estado fallido, fomentado por autores fundamentalmente estadounidenses, ha sido alabado por algunos y criticado por otros, especialmente al entender que se podía usar para legitimar acciones de dudosa legalidad internacional. Para ver si esto ha sido así



SOMALIA:
FRAGILIDAD Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Rosana Garcandía (ed.)



en el caso de Somalia, Vincent Chapaux, profesor en el Centro de Derecho Internacional de la Universidad Libre de Bruselas, hace un análisis del uso de ese término en relación con el conflicto somalí.

El tercer capítulo pone de manifiesto, al analizar la cooperación internacional en Somalia, que la calidad de la intervención es mejorable, idea que, debida la complejidad del contexto, es presumible, aunque eso no signifique que toda la culpa de la larga historia del conflicto sea de quien interviene. En el quinto capítulo se pretende dar a conocer el contenido de los principios de la OCDE sobre intervención en Estados frágiles, como un intento de exigir a los actores internacionales una intervención mejor, más al servicio de la resolución real de los conflictos, y no de sus propios intereses, como ocurre a veces. Se aporta una revisión crítica de los principios presentados, pero asumiendo que se trata de un buen punto de partida. Además, su aplicación al caso de Somalia nos da información muy valiosa sobre la situación real del país.

La solución a la grave crisis somalí vendrá de dentro, de los propios somalíes, pero los actores externos deben mejorar la calidad de su intervención, coordinándose más, evitando duplicidades, anteponiendo el interés de los somalíes a otras prioridades, y conociendo bien el contexto y las necesidades reales de Somalia para adoptar cualquier acción. El examen crítico pasa necesariamente por ser conscientes de los errores cometidos, y de la necesidad de mejorar. El desarrollo de normas e instituciones internacionales, acontecido especialmente a partir de 1945, ha supuesto una contribución muy positiva para la comunidad internacional. Sin embargo, la situación en este tipo de Estados es una de las grandes asignaturas pendientes, uno de los grandes retos que debemos afrontar a nivel local, nacional, regional e internacional, cada uno con su grado de responsabilidad. Es posible que así Somalia pueda aspirar a un futuro mejor.

